

tudes, la cual bien puede practicarse por testigos diversos Toca al Tribunal del Santo Oficio examinar si la persona que dice haber tenido apariciones, es novicia en la fe, soberbia, ambiciosa, carnal, hipócrita; si tuvo un confesor prudente. No se han de buscar ni desear las apariciones, como nos enseña el ejemplo de los santos más insignes. Tres fueron las causas de beatificación y canonización, en que siendo yo Promotor de la Fe, se trató de visiones y apariciones, á saber, las de Santa Catarina de Ricci, de San José de Cupertino y del Venerable Alonso de Orozco.

No os cansaré con más citas ni extractos. Basta este rapidísimo resumen para convencerse de que varón de tal sabiduría, tino y experiencia, no podía menos que examinar con escrupulosa imparcialidad, los escritos que le presentaba el Padre López. Sus decisiones, por fuerza, fueron acertadas y no puede asaltar-nos el más leve temor de andar por errado camino, si creemos cuanto Benedicto XIV nos mandó creer, si deseamos lo que él deseó, si aceptamos sus enmiendas y nos sujetamos á sus correcciones. Demos gracias á la Providencia de que en momentos tan críticos para nuestra vida religiosa, colocó en el trono de San Pedro á Pontífice tan virtuoso, á jurisconsulto tan docto, á teólogo tan sabio, á juez tan imparcial como Benedicto XIV.

Y sin embargo, no son éstas sus mayores glorias. Le niegan algunos las altas dotes del diplomático; pero

la historia no puede negarle la sagacidad, la previsión, el talento de un político consumado. En su reinado se inició la guerra á la Iglesia que aún persiste en todo su vigor, después de ciento cincuenta años; y Benedicto adoptó una estrategia tan hábil, que no sólo lo hizo superar todos los obstáculos, sino que ha dado la victoria á aquellos entre sus sucesores que la han aceptado por norma, mientras que han fracasado los que no pudieron seguirla.

Benedicto XIV, tuvo siempre valor para defender á los débiles y poner coto á los desmanes de los poderosos. Supo siempre ceder, cuando la condescendencia no podía atribuirse á debilidad; herir, cuando el golpe no podía caer de rechazo sobre su autoridad, y resistir, cuando la defensa de la Iglesia no podía degenerar en inoportuna obstinación.

Siendo todavía Arzobispo de Bolonia, defendió á su vicario general, injustamente calumniado ante Clemente XII, y terminó su alegato diciendo al Papa, con su imprescindible gracejo, estas palabras un sí es no es irreverentes: «Ruego á nuestro Divino Salvador que lo deje tan contento su Vicario en la tierra, como á mí me tiene mi Vicario *in divinis*.»

Siendo ya Sumo Pontífice, desplegó el mismo valor para salir á la defensa del Arzobispo de Viena, Fransson, acusado por la indocta plebe de poco menos que herejía, por haber afirmado en una instrucción pastoral que se olvidaban ya del Divino Mediador Jesucristo, para ocuparse sólo en peregrinaciones

de problemática devoción y en romerías de dudoso espíritu.

No el vulgo, sino doctos varones y poderosas sociedades, pretendieron hacer sospechoso de jansenismo al célebre Cardenal Noris, y Benedicto XIV, no sólo lo sacó limpio de toda mancha, sino que arrancó la máscara á sus detractores. Acusaron en Portugal á varios miembros de orden insigne; y el Papa, accediendo á los ruegos del Rey, nombró al Cardenal Saldanha, juez y reformador en la célebre causa. Pidió el Monarca español algunas concesiones en favor de la Iglesia, sujeta á su real patronato, y Benedicto XIV no vaciló en firmar el famoso Concordato de 1753, que hacía perder á la Sede Apostólica sumas ingentes y no pocas prerrogativas.

Por el contrario, aunque se le asedió por todos lados, condenó solemnemente los ritos supersticiosos adoptados en China, para conciliarse la benevolencia de los Emperadores, por algunas órdenes religiosas de las más influyentes en aquella época. En vano se adujeron sofismas y se aglomeraron falacias; en vano se le pusieron delante de los ojos las grandes pérdidas que la Iglesia iba á sufrir en Oriente, los grandes peligros á que él mismo se exponía de parte de los ofendidos, y hasta entonces poco obedientes fautores de tales prácticas. Sin que nada le arredrara, pronunció la solemne condenación. Con igual entereza, y desoyendo consejos y amenazas, anatematizó en enérgico Breve la sociedad que representaba el opues-

to principio, la francmasonería, que no hacía mucho había aparecido y empezaba á mostrar sus garras y á tender sus terríficas redes. Pero al pronunciar sus anatemas como Papa, ó sus sentencias como soberano temporal, se guardó de aquellos extremos que más tarde llevaron al Padre Lorenzo Ricci al Castillo de Sant'Angelo, y al dulce Silvio Pellico á la fortaleza de Spielberg. Así es que murió bendecido de todos, admirado hasta por los enemigos de la Iglesia, amado por aquellos mismos á quienes había castigado.

II

La Providencia designó á los dos Clementes que le sucedieron en el trono de San Pedro, para ser grandes favorecedores del culto de María de Guadalupe en Italia, así como Benedicto lo había sido en Méjico. En la época del décimotercio, la Pragmática Sanción de Carlos III, lanzó á las costas de los Estados Pontificios la falange de Jesuítas de la América Española, á quienes, después de rehusar el Pontífice largo tiempo un asilo, al fin permitió desembarcar en sus dominios. La total extinción de la Compañía en el pontificado del décimocuarto, convirtió á la mayor parte de los huéspedes eventuales en residentes perpetuos, ya de Roma misma, ya de Bolonia ú otras doctas ciudades italianas. Allí se mezclaron con la población y pasaron á formar parte del clero del país, sin permanecer como hacen ahora casi todos nuestros compatriotas que viven en Europa, ó los estudiantes de los colegios extranjeros, constituyendo tribus aparte, á guisa de las de Israel en Babilonia.

Entre todos se distinguieron los Jesuítas de Méjico, y lo proclamo, no por amor patrio, sino porque

cuando en mi adolescencia fuí por primera vez á Italia, á mediados del siglo pasado, estaba aún fresca su memoria, y me hablaban de ellos no pocos, que ó los habían conocido, ó estudiado en sus doctas obras. Entre ellos, además de otros astros de menor magnitud, brillaban hombres como Clavigero, Abad, Alegre, Francisco Javier Alegre, el veracruzano, cuya figura, os confieso, que es para mí la más simpática. Me parece tenerlo delante de los ojos conforme á los cuadros que vi tantas veces y á las descripciones que oí de palabra, despojado de aquella sotana de mal corte, sin el pañuelo de cuadros colgado del cinto y sin el bonete de largos picos siempre en la mano, aunque cubriera la cabeza el sombrero de enormes alas, que caracterizaban al Jesuíta mejicano del siglo XVIII. Su atildamiento cortesano, la rizada melena cubierta apenas por el tricornio, la larga levita de grandes carteras y el lustroso ferreruelo que dejaba ver las bien ajustadas medias, señalaban al *Abate* perfectamente aclimatado, y su pulcritud en el vestir y en el andar, revelaban igual elegancia, como casi siempre sucede, en el hablar y en escribir. ¡Elegantes, en verdad, son sus obras, aun aquellas que tratan de la árida geometría! Sus instituciones teológicas, dígame lo que se quiera sobre su profundidad, deleitan por su estilo florido; pero sobre todo, su traducción de la *Iliada* en hexámetros latinos es encantadora. Critíquenlo enhorabuena, porque intercaló en ella versos enteros de Virgilio: en esto precisamente consiste su mérito. Si ya este prin-

cipe de los poetas había hecho una versión magistral de esos pasajes de Homero, ¿iba el vate mejicano á cambiarlos con manifiesta desventaja, sólo por el prurito de no aparecer plaguario?

Aunque estos proscriptos mejicanos se guardaron de colgar sus harpas de los sauces que dan sombra al sagrado Tíber, no pudieron evitar que una lágrima se deslizara de cuando en cuando de sus párpados; exhalaban más de un suspiro por la tierra que los vió nacer, y se esforzaron por reproducir en su nueva patria lo mejor que conservaban de la antigua: la imagen de su Virgen de Guadalupe. Así es que en Basílicas y templos le erigieron altares, la llevaron al interior de las casas y á lejanas ermitas; todavía en 1857 me sorprendió verla en un altar subterráneo, en el fondo de una mina de cobre de la Toscana. Los Clementes XIII y XIV estimularon, ó por lo menos permitieron de buena voluntad ese culto, y correspondo á los deseos de los que me llamaron á esta cátedra, mencionando sus nombres con honor.

Sus dos reinados juntos no igualaron en duración al de Benedicto XIV, pero lo superaron con mucho en azares, en penas, en tribulaciones. Si hubieran tenido la misma libertad de obrar, si hubieran gozado del mismo prestigio personal de aquél, habrían podido continuar con igual tacto y denuedo la defensa de la Iglesia. Pero las circunstancias eran diversas, y tuvieron que echarse en brazos de los partidos extremos, que los condujeron á la ruina. Así, en los juegos

olímpicos de antaño, el auriga á quien no alcanzaba la fuerza para sostener con igual tirantez las riendas de sus cuatro corceles, si se dejaba arrastrar por los de la extrema izquierda ó la extrema derecha, corría gran riesgo de volcar su cuadriga. No de otra suerte acaece al gobernante que se entrega á un partido: tal experimentaron uno y otro Clemente, quienes no han obtenido siquiera el agradecimiento de las facciones que favorecieron. Lambertini escribía cuanto firmaba, y su solo numen inspiraba cuanto escribía: todos callaban cuando pronunciaba sus oráculos. Pero cuando publicó Rezzonico la Constitución *Apostolicum pascendi*, todos señalaron con el dedo al verdadero redactor, y empezando con el Rey de España, ninguno acató, con la veneración que debiera, la elucubración Pontificia. Lo mismo sucedió con el Breve *Dominus ac Redemptor* de su inmediato sucesor.

Los Píos VI y VII, llenaron en seguida poco menos que la mitad de un siglo con sus largos pontificados. En medio del torbellino que los agitó sin cesar, apenas tuvieron ocasión de volver los ojos á nuestra Virgen de Guadalupe, y quizá no debería darles un lugar en este elogio, si no fuera por la estrecha relación que tienen ciertos actos de su reinado, con los de otro Pío, á quien nominalmente me habéis llamado á honrar. Las recientes victorias habían envalentonado á los enemigos de la Iglesia, cuando en 15 de Febrero de 1775 empezó á reinar el Cardenal Braschi con el nombre de Pío VI. A sus defensores había invadido el

desánimo, y como siempre sucede en los reveses de la guerra, los intransigentes atribuían los desastres á la debilidad y condescendencia que habían prevalecido en el último pontificado; los conciliadores, á las provocaciones y falta de tino del partido contrario. El nuevo Pontífice pareció inclinarse á la conciliación, y el primer paso que dió en tal sentido, fué el viaje emprendido hasta Viena para ablandar con sus ruegos y atractivos personales al Emperador José II, y hacerle, por lo menos, mitigar las inicuas leyes con que tenía encadenada á la Iglesia, y que hasta el día conservan su nombre. Por esta vez los intransigentes tuvieron razón. El monarca distribuyó condecoraciones y regalos en abundancia á los que formaban el séquito del Papa; la marcha de Su Santidad, tanto á la ida como á la vuelta, fué un continuado triunfo; pero aquí paró el resultado de una jornada casi sin ejemplo en la historia de los Pontífices.

No tardó en estallar la revolución francesa con todos sus horrores, y los nuevos principios, al par que los ejércitos republicanos invadieron la Italia y en especial los Estados Pontificios. Bonaparte victorioso empujaba ya sus legiones hacia Roma, cuando los amantes de la conciliación sugirieron al Papa: «cede una parte para conservar el resto de tus dominios temporales; tus juramentos no te ligan en momentos tan azarosos.» De nuevo se dejó persuadir Pío VI, y sus plenipotenciarios firmaron á su nombre el célebre tratado de Tolentino, en que cedía no sólo Aviñón y sus

demás posesiones de Francia, sino lo mejor de sus Estados de Italia, las Legaciones de Bolonia, Ferrara y Romaña. Tampoco esta vez sirvió al Vicario de Jesucristo su Apostólica condescendencia. Un año, apenas un año más tarde, se arrebató á Pío VI de su Roma y su palacio, y sin la menor consideración á su dignidad y á sus años, se le arrebató á través de los helados Alpes hasta las orillas del Ródano, donde pocos meses después exhaló en el destierro el último suspiro.

Con el nuevo siglo parecía que iban á desaparecer los horrores del XVIII. En 1800 se celebró en Venecia el famoso Cónclave en que fué electo Pío VII, y no tardó el Gobierno de Francia en hacer insinuaciones para una reconciliación con la Iglesia y con el Papado. Bonaparte no era ya el General ultra-republicano de Tolentino. Con el poder supremo parecía haber recibido la intuición de los altísimos deberes de un gran Monarca; y aunque con el modesto nombre de primer Cónsul, se imponía á las más elevadas jerarquías. Pero al mismo tiempo había comprendido su propia debilidad, y palpaba lo instable de su gobierno, mientras no se apoyara en Dios y en su inmutable Providencia. El Papa, por su parte, después de los desastres del Pontificado que acababa de pasar, sentía la necesidad de abrir los brazos y acoger en su seno á los individuos y á los pueblos que solicitaran su perdón, á los gobernantes, antiguos ó nuevos, que le brindaran con su amparo. Se encontraron, pues, dos potestades con la plena conciencia de su inmenso prestigio y de su co-

rrelativa debilidad; se comprendieron y se abrazaron, celebrando el famoso Concordato de 1801, que ha durado más de cien años, y se encuentra todavía en pleno vigor, sin que se atrevan á hacerlo pedazos los mismos á quienes pesan ciertas cadenas. Lo que es esta vez triunfaron por completo los abogados de la conciliación y de la diplomacia. Las concesiones inauditas, sobre todo por lo que atañe á la propiedad eclesiástica, asustaban á los Purpurados del antiguo régimen, y más que á todos, á nuestro viejo Cardenal Lorenzana, que después de haber gobernado á Méjico en sus verdes años, ahora ejercía merecida influencia en los destinos de la Iglesia universal. Pero en cambio, el golpe que daba Bonaparte al galicanismo y á los principios regalistas, admitiendo que al Papa solo corresponde la institución de los Obispos, y que él solo podía destituir á los de la antigua monarquía que ponían tropiezos en su camino triunfal, bien compensaba cuantas concesiones pudieran hacerse. Se acalló, pues, toda oposición; se vencieron todos los obstáculos, y se consumó el famoso convenio, útil al gobierno civil, más todavía que á la Iglesia; pero para ésta también altamente ventajoso, como lo demuestra el interés de uno y otra en mirarlo como ánora de salvación, aun en medio de las presentes tempestades.

El éxito incomparable de esta negociación, se debió, entre otras causas, á que el Papado y la República Francesa trataban de igual á igual, y las concesiones eran mutuas; pero cuando más tarde el primer Cónsul

se convirtió en el invicto Emperador, y pretendió anegar á la Iglesia en el Océano de su omnipotencia, entonces las concesiones fueron imposibles, la firmeza tuvo que suceder á la diplomacia, la excomunión á las bendiciones de otros días, y el *non possumus* á las amabilidades cortesanas. La Providencia concedió el triunfo á la Apostólica inflexibilidad, y Pío VII, victorioso después de mil vicisitudes, con su influencia moral aumentada, y recobrados sus dominios temporales, legó á sus sucesores, después de casi veinticinco años de reinado, ejemplos maravillosos que imitar.

Su azarosa historia estaba todavía fresca, sin que la hubieren empañado en lo más mínimo los pontificados comparativamente breves de León XII, Pío VIII y Gregorio XVI, cuando en Junio de 1846 subió al trono Pontificio el Cardenal Mastai-Ferretti, y tomó también él, y en memoria de sus heroicos predecesores, el nombre de Pío.